



Después, acordándose de las ayudas españolas que vinieron á Tiro cuando la tenía cercada, sabida la noticia de los que las enviaron y del estado de España y de sus provincias, pasó desde aquellas tierras en ella con todos sus ejércitos y navíos casi en el año quinientos y ochenta y dos, ó según otros cuentan, y no creo que mal, quinientos y noventa y tres ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Fué su desembarcamiento sobre las puntas postreras de los montes Pyreneos, desde los cuales comenzó de mover contra la vuelta del Occidente, llevando sus ejércitos por mar y por tierra, destruyendo y abrasando cuanto hallaba por el campo, y áun los lugares fortificados y cercados que le cayeron en el camino, tuvieron mucho trabajo para se le defender según eran grandes sus acometimientos; bien así como los otros años pasados hubo hecho Taraco el de Etiopía, cuando rompió forzosamente por acá la jornada que dijimos en el treceno y catorceno capítulo deste libro, solamente se diferenciaron en que Nabucadnecer algunas veces se metió más dentro de la tierra que el otro, y pasó tan adelante que llegó del otro lado del Estrecho de Gibraltar, donde comenzó de robar el Andalucía, combatiendo las estancias y puertos y fuerzas que los fenices allí tenían, con tanta furia y pujanza que á los fenices convino apellidar las gentes comarcanas y darles armas y atavíos, con otras cosas á que sintieron ser aficionados, para que movidos con esto y declarados los daños que Nabucadnecer y sus caldeos hacían viniesen á la defension de sus provincias. A lo cual salieron los andaluces alegremente con gran multitud de combatientes, y de creer es que juntamente con ellos saldría también Argantonio para tal necesidad con sus allegados y súbditos, pues en este tiempo sabemos cierto ser hombre principal y poderoso, tal, que tenía mando soberano por mucha parte desta region. Y aunque todos ellos á la verdad padeciesen por aquellos dias gran falta de concierto para la disciplina militar, mostráronse tales con los enemigos, que Nabucadnecer viendo que el debate sería largo y que si por acá se detenía, según era tierra desviada, perdería con su ausencia muchas otras empresas más importantes en las partes orientales, donde tenía su principal estado, salió del Andalucía con infinito robo de tesoros y captivos, y de joyas riquísimas que pudo tomar en aquella caminata, dejando muy amenazados á toda la nación destes fenices para los castigar adelante, así á los que residían acá como á sus progenitores los vecinos de Sidon y de Tiro que le caían

en Fenicia más cercanos á su principado, con quien ya los años ántes había comenzado la guerra.

Dos príncipes ó caudillos de Babilonia halló por las historias llamados ambos Nabucadneceres ó Nabucodonosores, muy estimados y notables varones que convienen aquí ser declarados, porque si acaso leyeren sus hazañas en otras escrituras, entienda nuestra gente cuál dellos fué aquel con quien los españoles pasaron estas afrentas. El primero Nabucadnecer tuvo grandes competencias mucho tiempo con un rey egipcio llamado Necaon ó Neco según otros le nombran, las cuales duraron hasta que Nabucadnecer lo venció en una terrible batalla cerca del río Eufrates, y pocos años adelante dió vuelta sobre la tierra de los judíos, y cercó á un rey de Jerusalem llamado Jehoyakin Eliachin, al cual puso en tal aprieto que le convino hacerse su vasallo y tributario. Pero como después este Jehoyakin Eliachin tratase confederación con aquel Necaon rey de Egipto, competidor y contrario de Nabucadnecer, creyendo que con su favor podría librarse de la sujeción y del tributo que pagaba, los caldeos tornaron sobre Judea y tomaron á Jerusalem y mataron al rey Jehoyakin Eliachin y á todos los principales judíos de su reino que no dejaron dellos sino un hermano deste rey muerto, nombrado Sedechías, á quien los judíos en su lengua llaman Zidkya, y á un hijo suyo mancebo nombrado Jeconías, que por sobrenombre decían también Jehoyachin Neri, al cual mancebo dió Nabucadnecer toda la tierra del rey Jehoyakin Eliachin su padre, puesto que pasando poco tiempo se la quitó y lo llevó preso á Babilonia por la poca seguridad que dél tuvo, traspasando el señorío en Sedechías ó Zidkya su tío.

No mucho después sobrevinieron á Nabucadnecer dolencias gravísimas que le duraron largos años, y por ellas redundaron alborotos y mudanzas en algunas de las tierras sujetas á su principado. Pero la mudanza más notoria de todas fué la del rey Sedechías en Jerusalem, el cual trató luego confederaciones nuevas con los egipcianos en perjuicio de los caldeos, creyendo que con el impedimento de Nabucadnecer faltaban las fuerzas todas en aquella gente caldea. Mas no fué como lo creían, porque ya en su lugar estaba un su hijo primogénito llamado también Nabucadnecer, segundo deste nombre, que fué de quien principalmente hablamos en este capítulo. Su padre pocos años ántes que lo tal aconteciese, le tenía dado la mejor parte de sus ejércitos; y puesto que fuese mancebo, lo señaló por ca-



## CAPÍTULO XXIII.

*Cómo los galos célticos de la Lusitania pasaron al Andalucía, y fundaron en ella y en la provincia que dicen Extremadura muchos pueblos y lugares donde moraron largos años ellos y su generacion.*

Ya en estos dias eran pasados más de ciento y setenta años después que los galos célticos españoles se habían metido en las tierras de la Lusitania, según podrá quien quiera sentir cotejando los tiempos que dejamos señalados en capítulo pasado, con los otros tiempos que se trataron en el décimo capítulo deste segundo libro, cuando pusimos la venida destes célticos galos en aquella region. Habiendo, pues, tantos años que por allí residían, aconteció que cierta compañía de su gente, no satisfechos con morar en la tierra donde nacieron, y donde sus padres los habían criado, puesto que fuese muy abundosa, fértil y vividera, pasaron al otro cabo de Guadiana contra Mediodía, deseosos (como sus antecesores) de ganar tierras y hacer semejantes novedades, lo cual emprendieron sin contradicción de nadie, y penetraron á lo largo por todo el espacio que va entre aquel río Guadiana y el río Guadalquivir, hasta que se meten ambos en la mar, donde agora se contiene mucha parte de la provincia llamada Extremadura, y mucho también del Andalucía, nombrada por aquellos dias Bética. En aquel intervalo de tierra fundaron estos célticos nuevamente venidos poblaciones grandes, todas con apellidos y nombradías semejantes á las que sus padres tenían en la Lusitania. Fueron entre ellas lo más principal dos lugares, llamados ambos Serias, que caían el uno muy cerca de donde es ahora Ayamonte, que después los romanos cuando conquistaron aquella tierra, como veremos adelante, pusieron por sobrenombre Fano Julio, ó según otros libros escriben Fama Julia, por diferenciarlo con aquel apellido de la Seria, que también estos mismos célticos hubieron pocos dias ántes fundado en la tierra que llamamos Extremadura, la cual hoy permanece y se dice Feria pueblo mucho conocido y honrado de la tal provincia. Hicieron eso mismo por allí los célticos sobredichos otra villa que nombraron Vertobriga. Los romanos después por la diferencia de muchas otras Vertobrigas españolas, y particularmente de las lusitanas, le dieron por sobrenombre Concordia. Otro lugar de los que fundaron estos célticos dijeron Segeda, que fué dicha después Restituta. Otra población llamaron Voltuniaco, á quien dijeron después





## CAPITULO XXIV.

*De la venida que cerca destos años hicieron en España gentes llamadas los focenses de Yonia, y de cierta parte dellos que pusieron su morada en el Andalucía, con más otras cosas, algunas dignas de memoria, que con los españoles pasaron.*

los romanos por sobrenombre Contributa, á la cual pusieron nombre tambien Turiga. Otra villa que los sobredichos célticos entre sí llamaron Lacomurgo, desde su primera fundacion, le dijeron despues Concordia, que parece tener aquel primer nombre, porque tambien ésta como la primera Lacomurgo de la Lusitania, las debieron poblar á mi parecer el linaje de los lacoos, de quien ya hablamos en el tercero capítulo deste segundo libro, cuya gente pudo venir de la Celtiberia mezclada con los otros célticos cuando se metieron en la Lusitania. Tambien hubo pasada Guadiana contra la tierra del Andalucía, un otro pueblo señalado de los célticos, nombrado Teresa, que fué despues dicho Fortunat, y más otro llamado Calesa, que tuvo por sobrenombre Mania, sólo por diferenciarlos (como dije) de los pueblos lusitanos que tenian otros tales apellidos; sin los cuales hubo juntamente por aquella parte del Andalucía la villa de Auruci, que decimos ahora Moron, y más otras adelante que decian Acimbro, Arunda, Turobriga, Astigi, Alpasa, Sisopone y Seripo, fundadas todas ellas por estos galos célticos cuando vinieron allí, semejantes á las de Lusitania y Celtiberia, donde tenian ellos el tronco de su casta.

Los nombres tambien de los idolos, que pasaron consigo los galos célticos al Andalucía con las usanzas de los sacrificios y ceremonias que tenian para los reverenciar, fueron los propios de la Lusitania, en el cual error y mala costumbre perseveraron muchos dias, juntamente con la pronunciacion y vocablos que comunmente hablaban, que tambien fueron los mismos de los célticos lusitanos, diferenciados y discrepantes de la lengua de los otros españoles entre quien vivian, sin jamas se corromper ni confundir con el estilo de las comarcas. Y como los negocios eran fundar pueblos y tomar nuevas tierras en provincias ajenas, dado que (como dije) no hallasen contradiccion en ello, no lo pudieron hacer todo de golpe, sino pocos á pocos, multiplicándose cada dia de tal manera, que sólo en principiar tanta cosa se les pasaron más de treinta años cumplidos, y despues en conservarlo y acrecentarlo y llevar adelante, gastaron otro gran siglo.

Por cosa muy señalada ponen los cronistas antiguos las poblaciones de las villas arriba dichas que fueron edificadas en España, tanto por haber sido los españoles célticos sus fundadores gente feroz y famosa, como por el acrecentamiento grande que dellos sucedió. Mas no tienen por hecho menor lo que pocos dias despues aconteció, cerca del año de quinientos y cuarenta y siete ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, ó segun otros añaden, cuatro años más adelante. Esto fué la venida de ciertos navíos largos á manera de fustas medianas, que pasando por el estrecho de mar que se hace entre Africa y España, repararon en aquel estrecho sobre la boca del mar Océano, cuyas riberas y provincia gobernaba todavía su capitán Argantonio, de quien ya hablamos en los capítulos pasados, muy cargado de dias y de prudencia. La flota venia llena de mujeres y niños y gente, con todo género de fardaje que consigo traian. Y como tomasen aquí puerto, fueron humanamente recibidos de los moradores de la tierra, y mucho más de su gobernador Argantonio, que despues de los haber bien comunicado y entendido la causa de toda su venida, supo dellos entre muchas otras cosas, que sus antecesores donde procedian fueron griegos de nacion, y tambien ellos se tenian por griegos y la lengua griega hablaban, puesto que vivian en la tierra de Asia, metidos en una provincia que decian Yonia, donde muchos siglos ántes habian pasado grandes compañías de griegos y fundado por ellas trece poblaciones magnificas, tales, que siempre se gobernaron por sus leyes particulares, conservando su libertad sin reconocer superior.

Entre todas ellas fué siempre muy principal una llamada Foccea, por cuyo respecto se decian ellos focenses. Pero decian reinar ya por aquellas partes asiáticas un príncipe nombrado Ciro, que de pocos años acá tenia diminuidos y sojuzgados los estados y repúblicas principales que solian en Asia valer algo, y pretendian lo mismo contra la ciudad de Foccea y contra los otros pueblos de Yonia, para lo cual ayuntaba gran número de gentes en diversas partes con un capitán suyo llamado Harpalo, tan importuno y guerrero que de



fuerza se verian los focenses con él en grandes afrontas y trabajos. Holgaron mucho los españoles y su gobernador Argantonio cuando sintieron la buena razon que los tales focenses nuevamente venidos publicaban de su jornada, y aficionados á la manera de sus personas y de sus trajes y de sus armas, les ofrecieron que poblasen y residiesen por aquella tierra de su jurisdiccion, en cualquier parte que más les agradase, pues la provincia de su nacimiento donde venian, quedaba fatigada y peligrosa. Lo cual sospecho yo que debieron acometerles ellos y su rey Argantonio para los prevenir y tener ganados contra los fenices, que como ya declaramos hacian muchos daños encubiertos en aquellas comarcas, y se conocia dellos pretender la sujecion de todas estas tierras y provincias, dado que no lo pusiesen á riesgo por el presente. Los focenses era buena copia de gente bien armada, bastecida y ordenada, y sobre todo sus fustas de tan hermosa faccion y tan apropiadas y desenvueltas para la guerra, que hasta su tiempo nunca semejantes anduvieron por los mares de España. Traia cada cual cincuenta remadores en cada lago, largas todas, bien despalmadas y limpias, sin haber en ellas navío que fuese hondo ni de carga como traian muchos otros navegantes. Lo cual usaron aquellos focenses asiáticos primero que ninguna gente griega, y en todos los años de su prosperidad alcanzaron destos tanto número, que corrian con ellos desde la mar de Levante hasta los confines italianos, con la parte de arriba y de abajo, contra los mares de Pisa y de Venecia, que llamaban los antiguos mar Adriático y Tyrreno, dado que Argantonio los convidase para quedar en España con todos los amores y buena gracia que se puede significar, nunca bastó con los focenses que lo hiciesen; pareciéndoles que convenia tornar á la guerra de su region, y á la resistencia de Harpalo, capitán del rey Ciro, de quien tenian certinidad haberles entrado la provincia. Visto, pues, que nadie bastaba para los detener, Argantonio los despidió graciosamente y les ayudó con suma crecida de dinero que llevasen, con que levantaron sus velas y caminaron su viaje. Muchos autores dan á sentir que no todos aquellos focenses que desta vez acá vinieron se tornaron en Yonia, sino que gran parte dellos quedaron en España y se mezclaron con los vecinos de la villa de Carteya ó Tarifa, cabeza y asiento del señorío de Argantonio, y que con matrimonios de hijos y hijas los unos de los otros, se hicieron casi todos una gente, sin haber division entre ellos. Y áun es cierto que despues

pocos dias comenzaron á mudar el apellido viejo desta villa, y en lugar del nombre de Carteya que primero tuvo, los focenses nuevamente venidos la comenzaron á llamar Tarteso, juntamente con los moradores de sus comarcas que tambien fueron dichos tartesios, por causa de las muchas cuevas hondas y oscuras que se hallan en las cuevas y cerros de su tierra, nombradas Tartaros en lengua griega.

Y nadie tenga por inconveniente, quanto á á este caso, hallar en este nuestro tiempo cerca de la villa de Ayamonte cierta poblacion pequena, llamada comunmente Cartaya, semejante al apellido primero que Tarifa tuvo ántes que los focenses griegos le dijeren Tarteso, ni crea que fueron ambas una mesma, pues entre las dos la diferencia es muy clara, quanto á las posturas y sitios, y quanto á todo lo restante, por ser esta Cartaya de agora de la otra parte del rio Guadalquivir, sobre la vuelta del Poniente, no léjos de Guadiana, en las comarcas, como digo, de Ayamonte; y la Carteya vieja ó Tarteso, donde los focenses moraron mucho más oriental, sobre la punta postrera del estrecho de nuestro mar, entre Africa y España. Pudo bien ser que discurriendo los tiempos, algunos vecinos de la más antigua, pasasen á esta otra, y cimentándola de nuevo le pusiesen aquel nombre de Cartaya, para conservar en ella la memoria del pueblo donde vinieron, y el apellido primero que le quitaron aquellos griegos de Yonia, despues que se avicindaron en ella; pero como lo tal sea conjetura sola, dado que no mala, no conviene detenernos en ella, ni cesar el cuento de las otras cosas que despues de lo sobredicho pasaron por aquella tierra.

## CAPITULO XXV.

*De la muerte de Argantonio, gobernador de los españoles tartesios, y de la poblacion nueva de ciertas islas nombradas Afrosidias, que solian estar comarcadas á Cádiz, donde se metió parte de los focenses de Yonia, que moraban en Tarifa.*

Conócese de muchas escrituras que hablan en aquellos hechos, haber salido los focenses nuevamente venidos al Andalucía, tan diligentes y sagaces en sus negocios, que despues reposados en Tarifa, jamas cesaron de mejorarse por todos sus derredores, así de mar como de tierra, con el buen aparejo de navios que tenian, y con la buena voluntad que hablaban en Argantonio y en sus aficionados, conforme á lo cual, pasados pocos dias, entra-





ron en unas isletas que solian estar por los confines de Cádiz y del Estrecho de Gibraltar, solitarias y desiertas; donde despues de haber considerado la buena disposicion que parecian tener, comenzaron á labrar casas de placer, y pusieron gran diversidad de frutales y muchas arboledas nuevas sobre las primeras que tenian ellas de su natural, convidando para todas estas labores á los españoles andaluces entre quien moraban y de tal arte lo comenzaron á labrar, que gastados tres años ó poco más, estaban ya casi todas llenas de granjerías excelentes, edificadas á la manera de Yonia, con adornamientos muy nuevos y muy galanes, porque tambien en esto de los edificios, como en el arte de labrar navios, tuvieron los focenses grandes primores y trazas de proporcion mucho singular. En este tiempo, que fué casi por el año de quinientos cuarenta y dos años que nuestro Señor Jesucristo naciese, ó cierto poco primero, dió fin á sus dias Argantonio, gobernador y señor de los andaluces, cuyo fallecimiento de fuerza haria gran falta por todas aquellas tierras y comarcas, y sin duda lo sentirian estos focenses de Yonia más que nadie, segun las buenas obras que continuo recibian dél; pero como ya quedasen muy arraigados en la region, y bien quistos de los moradores della, conserváronse por allí con el ménos bullicio que podian, teniendo respecto principal á la vivienda sola de Tarifa, y á la granjería destas isletas que tenemos dicho, dentro de las cuales nadie podia declarar cuánto se multiplicaban cada día los pasatiempos de cazas y los jardines, y las muchas frescuras que por ellas plantaban, tanto, que así por la multitud desto como por la fertilidad y templanza de los aires, fueron dichas, entre los antiguos las insulas Afrodiasias, que significa en la habla griega, las insulas de la diosa Vénus á quien ellos decian Afroditis.

Y la gentilidad entre los otros sus errores, la reverenciaban por señora de los placeres y deleites de la vida mundana. Mas dado que tuviesen aquel apellido general todas estas islas en el tiempo que fueron en el mundo, no por eso dejaba cada cual de tener sus nombres particulares. Unos que les pusieron estos focenses cuando primeramente las ocuparon, otros que tenian ántes entre los españoles andaluces. La primera llamaban Ermea, que quiere decir isla del dios Mercurio. La segunda Junonia ó de la diosa Juno, por causa de una ermita que fundaron despues frontero della, sobre la costa del Andalucía, con título de la diosa Juno, que tambien reverenciaban los gentiles como cosa muy divina. Otra decian Atera, de doce mil

pasos en largo y diez mil en ancho; la cual publicaban algunos haber sido otro tiempo junta con el continente de España, y que los eritreos ántes que fuese isla poblaron en ella un lugar cuando vinieron con Hércules, y que desde all poseyeron la tierra de Cádiz. Sospechaban tambien por esta misma razon, que debió ser aquella la que por otro nombre llamaban Eritrea, de quien escribimos en los veintiocho capítulos del primer libro. Otra destas islas nombraron Cotinusa, por causa de los acebuches en abundancia que solia criar, á quien los griegos en su lenguaje llaman Cotinos, si muchos autores no certificáran ser una mesma que la de Cádiz. Otra decian Didima, donde los vecinos de Cádiz hicieron poco despues sus moradas á su parte con casas de placer, por ser bastecida de frescuras y de muchas aguas. Para la cual obra tomaron oficiales focenses que se las obraron maravillosamente, segun la manera de los edificios yónicos, que fueron siempre muy apacibles y firmes. Tambien comenzaron los fenices de Cádiz á labrar desde allí navios de cincuenta remos, por la mesma muestra de las fustas que los focenses usaban, teniéndolos por más provechosos que los otros navios de las facciones antiguas. Y como su hecho destes fenices anduviese por el Andalucía mejorado cada día, presto metieron al agua copia de las tales fustas, llamadas Penticoteras, con que principiaron á navegar descansadamente, tentando muy á menudo las jornadas del mar Océano de Poniente por las riberas africanas y españolas, y áun algunas veces engolfándose más de lo que solian. Con los cuales artificios y con la comunicacion que dellos procedia pudieran vivir los unos y los otros en provechos muy crecidos, si los fenices poco despues no lo desbaratarán todo, como presto contarémos, dado que ningun daño de los que vinieron al presente bastó para que la morada de las insulas Afrodiasias no se llevasen muy adelante con sobrada prosperidad y mucho vicio. Pero ya en este nuestro tiempo cuanto por allí solia ser, ha perecido de todo punto, porque la mar desde grandes años ántes lo tiene gastado y sumido, sin quedar isla destas Afrodiasias, ni memoria, ni rastro de aquellos sobrados pasatiempos que por ellas hubo, sino es la que dijimos llamarse de la diosa Juno, frontero de Tarifa, que permanece junto con la ribera, tan pequeña y gastada, que nadie hace della mencion, aunque todavia parece dentro algunos aljibes y rastro de sus edificios bien obrados, que declaran haber sido tratada los tiempos antiguos, y provechosa de aquello poco que en sí contiene.



## CAPITULO XXVI.

*De muchas otras cosas que se dice los focenses haber hecho en España y fuera della, y cómo los cartagineses africanos tornaron segunda vez á las islas de Mallorca y de Menorca, donde rehicieron muchas estancias y levantaron nuevas defensas en toda su marina.*

Ya fuera justa razon de pasarnos á las otras gentes españolas y proseguir los acontecimientos que por este tiempo les vinieron, si los focenses venidos en España todavia no nos echáran de nuevo la mano, deteniéndonos en sus cosas. Dígolo, porque allende lo sobredicho hallo memoria de cierta poblacion señalada y magnífica, que fundaron tambien sobre la marina frontero de los principios orientales del Andalucía, la cual no declaran qué nombre tuviese, ni dicen cosa della, más de ser la postrera que cimentaron acá los focenses á la parte del Poniente, donde se juntaron despues en mercados y ferias muchas de las gentes comarcanas, y se hicieron escabeches de pescados en gran abundancia. No faltaron cosmógrafos antiguos de los bien considerados, que certificaban ser esta la ciudad de Málaga, llamada primeramente Menace. Pero cierto sabemos, que discrepaban ambas muy mucho, pues como digo, la de los focenses quedaba más alejada del estrecho que Málaga, cuyas muestras duraron allí mucho tiempo con repartimientos y trazas á la manera de Grecia, siendo los edificios en Málaga notoriamente fenices, como presto lo declararémos en los veintiocho capítulos siguientes. Dicen tambien otros autores haber entrado compañías destes focenses por la tierra más dentro de España, donde poblaron la ciudad que primero fué dicha Castulon, poderosa y principal en los fines postreros de la provincia, que despues llamaron España la Tarragonesa, muy cerca de donde partia término con la provincia nombrada Bética, segun que sus rayas y particiones ambas dejamos apuntadas en los principios del primer libro. Las señales de la cual ciudad hallamos hoy día donde llaman Cazlona la vieja, casi tres leguas adelante de Baeza contra el occidente septentrional, no léjos de Linares, cercanas á un rio pequeño, que los moros africanos cuando mucho despues tiranizaron aquella provincia, sacándola de poder de los españoles cristianos, nombrada Guadalhmar, como tambien hoy día lo llamamos despues que nuestros progenitores la cobraron. Afirman los que de esta ciudad hablan, haber sido dicha Castulon, porque del mismo nombre se decia tambien

una mujer destes focenses, sacerdotisa del dios Apolo, la cual mujer fué principal entre sus fundadores, ó segun otros creen, dijéronla Castulon, por memoria de cierta fuente nombrada Castalia, famosa y muy alabada sobre todas las fuentes de Grecia, dentro de la provincia donde salieron los progenitores destes focenses, cuando pasaron en Asia para poblar las trece ciudades, de quien ya dejamos hecha memoria. Mas porque deste pueblo Castulon, que como dije, fué muy principal y señalado todos los días que en España permaneció, hablaremos en diversas partes desta corónica, que vendrán bien á propósito, no conviene por agora detenernos en su relacion, ni decimos esto por otro fin, sino por avisar á los lectores que todo cuanto en su primera fundacion y en la causa de su nombre quiere atribuir á los focenses, fué burla fingida de poetas, porque verdaderamente sus principiadores fueron españoles, naturales de la mesma provincia donde la tal poblacion estaba, como ya lo mostramos en el treinta y un capítulo del primer libro.

Mayormente, que si bien lo consideran, no pudieron esta vez quedar acá tanto número de focenses que bastasen á tantas empresas, ni dado que bastáran lo hicieran; porque como fuesen todos gente de mar, todos sus acontecimientos eran en la ribera y en la costa de las marinas, y áun esto no tan de fiuzia que lo más principal no lo dirigiesen á la posesion y vivienda de las islas Afrodiasias cercanas al Estrecho de Tarifa, donde gozaban siempre de tantos deportes y contentamientos cuanto tuvieron de fatigas y desastres los otros sus compañeros que no quisieron parar en España cuanto todos vinieron á ella. Los cuales, despues que de Argantonio se despidieron, como dijimos en el capítulo pasado, para volver á su tierra, perdieron la ciudad de Focea con la libertad y con lo principal que poseian en la provincia de Yonia, mediante la guerra cruel y continua que Harpalo, capitan del rey Ciro, les hizo. Y así desamparada su naturaleza, tornaron á salir nuevamente crecida multitud dellos con sus haciendas, hijos y navios á buscar tierras donde cupiesen, juramentándose con grandes ceremonias, y poniendo sobre sí terribles maldiciones si jamas en aquella provincia tornasen. Y para más lo solemnizar vinieron á la ciudad de Epheso, donde las gentes asiáticas en aquellos tiempos tenian un templo de la diosa Diana, labrado con extraña magnificencia, tal, que fué contado por ura de las maravillas del mundo. La cual diosa tomaron estos focenses por abogada de su camino, prometiendo delante su imágen que cumplirian